



## MEDITACIÓN VII

---

LA QUERIDA

(Continuación y fin.)

### § III.— *La imaginación.*

Algunas palabras cambiadas entre hombres solos, sentados en un sofá del *club*, o de un extremo a otro de una mesa de restaurant, entre dos bocanadas de humo de cigarro, o por la noche, al salir de una *soirée*, dicen más, respecto al alma contemporánea, que páginas y más páginas de disertación. Mil veces, hablando de una mujer, de quien se sospecha que tiene caprichos de temperamento, habréis dicho u oído decir: «Es una enferma...», y de otra, obligada por su corazón a cometer una peligrosa y noble imprudencia: «¡Es una perdida!...», o «¡Es insaciable!» ¡Pobres mujeres, si pudieran oír el tono con que se pronuncian estas frases, y se dieran cuenta del efecto que producen sobre los hombres que, vestidos de frac, suspiran por ellas, los francos ardores de la naturaleza y los peligrosos entusiasmos del sentimiento! Esto les serviría de un curso de moral, más eficaz que todos los sermones de la cuaresma. Existe, en

desquite, una tercera clase de mujeres que he llamado de imaginación, a falta de otro dictado más adecuado, y de quienes el sexo masculino dice que tienen los «cascos a la jineta».

Ahora es cuando debiera yo, como verdadero fisiologista literario con pretensiones más o menos justificadas de científico, hacer intervenir la gran neurosis para describir con autoridad profesional a esa criatura a quien se tacha de histérica, que no conocerá nunca la embriaguez del deleite ni lo selecto del amor profundo, y que, sin embargo, es la verdadera amante a la moderna, la que se encuentra noventa y nueve veces de ciento que se busca una amada, según lo atestiguan las reseñas de la *Gazzete de los Tribunales* y la sección de noticias de los demás diarios, esos asiduos registros de la moralidad contemporánea.

Procurad descubrir el menor rudimento de una emoción verdadera, sensual o sentimental, en esos múltiples dramas del adulterio o de los celos a que asistís todos los días, o de que os enteráis leyendo los periódicos cómodamente sentados a la mesa y almorzando... (*Para más detalles, véase la Meditación XVI.*) He aquí una mujer que ha dado un tiro a su amante, como si éste fuese una fiera y que se presenta ante el Tribunal, orgullosa por el acto que ha cometido, en traje coquetón, con la mirada altanera, y gozosa por la curiosidad que despierta en la concurrencia. ¿Creéis que si su corazón, o solamente sus sentidos, hubiesen vibrado siquiera un minuto al lado del hombre que ha matado, se complacería en su venganza con tanta serenidad? Y aquella otra, que ha visto ayer a su marido matar a su amante y que se

deja hoy interrogar por un periodista, como un autor al día siguiente de una primera representación. ¿Qué pensáis de las sensaciones que le hacía experimentar aquel amor? Y ésta, que se ha asociado a su amante para estrangular a un desgraciado con el fin de robarle, y que ahora echa a su cómplice toda la responsabilidad del crimen..., ¿qué idea os hace sentir?

Doblad el periódico y acordaos después de aquellos otros dramas sin desenlace sangriento, que da a conocer la crónica de los salones o de los hastidores de teatro, producidos por el rencor implacable, por las perfidias realizadas con frialdad o por el olvido y el cansancio. Estas son otras tantas pruebas de que una mujer puede haber tenido relaciones amorosas, más o menos largas, aceptado citas, comprometido su nombre y entregado su cuerpo, sin más palpitaciones de su corazón que las que experimenta la cuartilla en que escribo yo estos renglones. Esas enamoradas sin amor, esas desvergonzadas sin goce, se sienten impelidas, sin embargo, a cometer locuras. ¿Por qué? Por una *idea*, y no por un sentimiento. Estas son las *cerebrales*.

El análisis de algunos tipos de esta especie precisará mejor esta tesis, tan contraria a las preocupaciones aceptadas, a saber: que, respecto a la galantería, los peores extravíos parten de la cabeza, y que, cuanto más fría del corazón o de los sentidos sea una mujer, más se inclinará hacia la perseverancia.

He aquí ahora algunos ligeros bosquejos de los diversos aspectos que con más frecuencia presenta la que he calificado de *cerebral*.

\* \* \*

1.º *La buscona*.—¿Necesitamos definirla? ¿Quién no la ha encontrado, bien sea en su propia vida o en la de algún amigo? Esta es la alocada que anda persiguiendo, a través de experimentos sucesivos y de aventuras, ya ligeras, ya monstruosas, una sensación con la que está soñando y que huye siempre de ella. Es también la falsa romántica que multiplica a su alrededor las complicaciones sentimentales para despertar en su sér íntimo un estremecimiento del alma, que no conocerá nunca a pesar de todos los motivos que la fantasía ofrece a su corazón, para que éste palpite.

Habréis oído hablar seguramente de la primera, y conoceréis sus audacias en cuanto al libertinaje; pero, si la casualidad os pone ante ella, la expresión casi trágica de su rostro, que parece desmentir toda su historia, y su mirada, aguda y cansada a la vez, en la que se adivina una decepción eterna, os sorprenderán. Habla, y su cinismo sin alegría os produce una impresión penosa; y en esa mujer, que pasa por insaciable de placeres y que algunas veces lo ha abandonado todo, marido, familia y sociedad para vivir en el desorden, entreveréis abismos de fastidio y de tristeza. No lo dudéis: ella pedirá dentro de algunos años a la morfina esa sensación que ha perseguido en vano con el abandono de todos los pudores.

La falsa romántica tiene probabilidades de concluir por entregarse a una devoción que se asemeja a la verdadera piedad, como sus voluntarias locuras de la juventud se parecen al amor. Esta es ciertamente esa figura indefinible por su mezcla de co-

rupción y de angustia, de insensibilidad y de frenético desorden, que representa el principal papel en las modernas novelas francesas, a contar desde la que lleva por título *Madame Bovary*, debida a la pluma de Flaubert. Este gran prosista fué el primero que, con claridad y sin contemplación de ningún género, despojó a la buscona de su oropel poético, demostrando la impotencia del corazón y de los sentidos en esa malhadada criatura que empuja al hombre hacia el crimen, como lo hace Emma con León en la célebre novela que acabamos de citar, porque ella se atreve a todo para que su cuerpo vibre por la emoción, aunque no sea más que un minuto, pero que no vibrará jamás.

2.º *La cómica*.—¿Os ha sucedido alguna vez que, al referir un hecho que habéis presenciado, delante de un amigo vuestro, testigo también de él, os interrumpa diciendo: «No, no...», y que os da una prueba cierta de que habéis disfrazado la verdad sin apercibiros de ello? Sí os habrá ocurrido ciertamente, y recordaréis a la vez la labor a que se entregaba vuestro espíritu para corregir la inexactitud con que presentabais el hecho, adquiriendo de paso la evidencia de lo fácil que es engañarse a sí mismo con la más cándida inconsciencia, o lo que es lo mismo, mentir sin darse cuenta de que se falta a la verdad.

Este fenómeno de la mentira que podemos llamar de buena fe, muy común entre los niños, cuyo falso testimonio ha hecho sufrir en alto grado a tantos inocentes, es un hábito constante en ciertas mujeres,

que, estableciendo realmente en ellas una segunda naturaleza ficticia, que sin embargo es sincera, las produce tan extraordinario desorden mental, que concluyen por no conocerse ya a sí mismas. Entonces es cuando la cómica se deja ver, no la que representa para el hombre un papel por el interés, sino la que se lo representa primero en su mente y para sí misma.

Desgraciado de vos si le servís de pretexto para ello, si, por ejemplo, se le mete en la cabeza el tener, lo que las modistillas llaman una «gran pasión», porque en este caso le será necesario desplegar mucho sentimiento y todos los medios le parecerán buenos para conseguirlo. Trastornará vuestra vida, os proporcionará escándalos y más escándalos, os será infiel para contároslo después, se envenenará y no morirá, refiriendo luego su suicidio a todo el que quiera saberlo. Lo peor de esta comedia será que no habréis gozado siquiera cinco minutos de verdadero placer durante el tiempo de vuestras relaciones con esa harpía, ni aun experimentado ese goce de que disfruta los domingos cualquier empleado paseándose en el río Marne con su amada de una tarde, que no le jura amor, pero que canta y ríe, balanceándose en la canoa... Esta ofrece un incomparable encanto, no suministrado por la alegría de las caricias ni por el consuelo de las lágrimas, sino por la naturalidad.

3.º *La aficionada a la literatura de novelas.*—Esta especie se encuentra con abundancia en provincias; pero existe también en París, particular-

mente desde que se ha desarrollado el gusto de las novelas extranjeras. Tiene algún parecido con la cómica; mas se diferencia de ésta por un rasgo característico: la verdadera cómica se ha creado para sí misma el tipo que quiere representar, tipo que transforma varias veces durante el curso de su vida, pues se la ve insinuante con un hombre y soñadora; con otro, escéptica; espiritual, con un tercero; pero siempre genial y muy superior a la aficionada a leer novelas, porque ésta copia servilmente lo que lee, y todos los pasos que da, las esquelas que escribe o las caricias que prodiga, podrían tener una llamada, como en los libros, *pág. tantas, col. tal*, es decir, *novela tal, folio tantos*. Durante algunos años, esta clase de mujeres era casi siempre *sandista*, teniendo por modelo a Valentina la protagonista de una novela de Jorge Sand, y, por consiguiente, *valentinizándose*, según las exigencias de la oportunidad.

En nuestros días podéis tropezar con la aficionada a leer folletines, que soñará con citas en el pabellón de un parque, a la luz de la luna, como sucede en la *Petite comtesse*, o en *Camors*, con la Sully Prudhommista, que os dirá, paseando a caballo por la playa de Trouville:

Es necesario tener manos de mujer—entre las suyas—  
cuando se sueña a orillas del mar.

o con la Coppeista, que no llegará nunca a vuestra casa sin recitar este verso, aun cuando no lleve velo en la cara:

¡Oh!, los primeros besos a través del velo...

o con la Goncourtista, que os escribirá neologismos sin entenderlos y que preparará para recibirlos una bata japonesa comprada en el «Bon Marché»; o con la Tolstoísta, que expondrá ante vos el «estado de su alma» al ofreceros una taza de té; o con la Shelleysta, que os hablará en la mesa comiendo trufas al champagne, de un mundo «en que la luz de la luna, la música y el sentimiento son una misma cosa». ¡Pobres escritores de fama, y cuán mal os tratan estas desdichadas, efecto de su desarreglo cerebral! Sin embargo, es preciso perdonarles esas miserables tonterías a que vuestro genio sirve de pretexto, porque todos pasamos por ello.

He leído una carta dirigida a un estudiante conocido mío, por una mujer de treinta y siete años, que le proponía morir con él: «¡Nuestra muerte—le decía—será la de los *Amantes de Montmorency*, de Alfredo de Vigny!...» Aquella vieja loca era madre de tres niños pequeñitos y tenía un buen marido, que trabajaba diez horas diarias en una casa de comercio, para que ella pudiera comprar libros impresos con tipos de la *Edad Media* y no se aburriese demasiado durante su ausencia.

El joven estudiante me lo estaba contando con los ojos preñados de lágrimas y no me perdonó nunca el hecho de citarle yo la contestación que dió Casal a una mujer que se echó en sus brazos, diciéndole: «—¡Oh! mi hermoso *Rolla*, me embriagas...»— «—No, no, replicó Raimundo: no te embriago, te pego...» y la abofeteó, exasperado por el nombre que le daba. «—Es la única vez que he pegado a una mujer»—me decía; pero es verdad que la literatura mez-

clada con el amor, es la más repugnante mixtura que haya inventado la tontería humana, porque cuando se cree oír un suspiro, se oye la frase de una novela, y cuando estrecháis a una mujer en vuestros brazos, es como si lo hicierais con un *folletin*. Sin contar con que la aficionada a leer novelas encierra siempre en ella algo de *literata* y tenéis continuamente suspenso encima de vuestra cabeza la amenaza de un volumen verdadero, en el que estaréis pintado con vuestro nombre apenas desfigurado, como Rasal por Casal, Barcher por Larcher, vuestra casa fotografiada y el todo adornado con las mil y una calumnias que una amante abandonada tiene siempre a su servicio.

Muchos libros pudiera presentar en prueba de lo que digo, y entre ellos el de madame Collet, en que figura cierto Leoncio, cuyo verdadero nombre era el de Flaubert. Esto justifica perfectamente el concepto emitido y avalúa esa multitud de frases ingeniosas con que muchos notables escritores se han ocupado del amor en el sentido en que yo lo voy analizando.

4.º *La vanidosa*.—Esta es demasiado fácil de describir, para que necesite una larga definición.

Existe en el mundo gran número de esas pavas reales, que pudieran muy bien llamarse los *snoobs* del amor, porque no prestan atención más que a los hombres que hacen hablar mucho de sí. Cada cual se decide por una categoría de celebridades; las hay para los políticos, para los pintores, para los hombres de ciencia y para los del teatro; los literatos tienen las suyas, los aristócratas, los príncipes de la moda y

también esos tipos citados por los periódicos como *smokings*, generalmente conocidos, por todo el mundo tratados, y en realidad indefinibles.

He conocido una cantante, muy linda y de mucho talento, cuya vanidad se traslucía en el decorado de su cuarto de dormir y en su álbum, pues allí había una buena colección de personajes, verdaderamente célebres. Cuando decía ella de alguno: «es una gran cabeza», estaba yo seguro de que en menos de ocho días se creería enamorada de él, y que antes de un mes, la fotografía de dicha celebridad ocuparía su puesto en la galería de los recuerdos de aquella *doña Juana* para todo París, que tenía a la vez una rival, cuya preocupación constante era la de quitarla sucesivamente cuantos hombres de su especialidad ella distinguía. Este rasgo nos lleva al estudio de otro tipo o sea:

5.º *La imitadora*.—Que es al mismo tiempo vanidosa; pero de una vanidad circunscripta a la lucha con otra mujer. La imitadora toma con frecuencia como modelo y como rival a una persona de las que la rodean, y alguna vez de una sociedad superior a la suya, y empieza entonces un *steep-chase* cotidiano, con la graciosa particularidad de que la envidiada ni siquiera lo sospecha. Si ésta posee un hotel, su imitadora adquirirá otro; si caballos, los tendrá también; si cuadros, la imitadora los comprará a su vez. La envidiada recibe los lunes, la imitadora escoge ese día para recibir a sus amigos y, en fin, si cortejáis a la imitadora y queréis conquistarla pronto, hacedla creer que su rival os distingue, y obtendréis un éxito

seguro. Si os cansáis de ella, tendréis también el medio de romper vuestras relaciones, diciéndola, que la envidiada no os hace caso, que está en intimidades con otro, y desde aquel momento no existiréis ya para la imitadora, que os habrá ofrecido el cómico espectáculo de la más encantadora inconsciencia, porque no habrá dejado de deciros muchas veces: «—Madame N..., que hace siempre lo que yo hago...», y la infeliz lo cree tal como lo dice.

6.º *La viajera*.—Esta es una bonita palabra del caló parisién (*la voyageuse*) que no he visto usada todavía en ninguna parte y que bien merecía ser destinada en nuestro idioma a designar exclusivamente a esas ambiciosas que *viajan* de salón en salón, de grupo en grupo, y que cada uno de éstos en que se introducen es más aristocrático o más selecto que aquel de donde salen, y cada nuevo salón es mejor, más distinguido y más elegante que el anterior.

Entre los procedimientos que estas mujeres emplean para conseguir su objeto, uno de los más sencillos consiste en averiguar quién es el hombre de más influencia en los salones que quiera frecuentar y en atraerlo y sujetarlo con lazos que le obliguen por deber y por vanidad a que se abran ante ella todas las puertas. El hombre así elegido, se hace el piloto de la viajera, piloto tanto más solícito, cuanto que le gusta exponer a la vista de su conquista las pruebas de su superioridad. Pero una vez llegada al deseado puerto, la viajera no deja de demostrar al cándido amante, que se ha creído amado por sí mismo, una ingratitud igual a aquella con que un nuevo

rey gratifica a los conspiradores que le han elevado al trono. Pone la proa a otro rumbo y confía el manejo del buque a otro timonel.

Hay viajeras de todas las clases, desde la plebeya que quiere entrar en los salones del arrabal de Saint-Germain, merced al apoyo de un gran señor, hasta la mujer del empleado, que se sirve de un diputado para conseguir uno o varios ascensos a su marido. Y no hablamos de la pequeña *cocotte* que se deja cortejar por un vividor, a fin de que la inviten a comer con las más célebres impúdicas. En todo hay superioridad. Ahora bien; ¿os parecen dignos de lástima los escalones sobre que ponen su lindo pie estas industriosas bribonas, por haber sido abandonados tan pronto? Esto dependerá del pie y de la pierna a que dicho pie pertenezca.

7.º *La dominadora*.—El orgullo es la única llama que arde siempre en el ser de esta mujer; pero es una llama inextinguible que la consume hasta la vejez. La veréis dar reuniones, hacer ella sola los honores de un salón y tomarse el trabajo hercúleo que esto supone en correspondencia, atenciones, visitas, banquetes, conversaciones, etc., con el único objeto de tener la satisfacción de conseguir que a tal o cual individuo se le nombre académico o embajador, para alimentar su instinto de avasallar, de reinar, en una palabra. Mientras tanto, como es joven y linda, todo su orgullo se basa en inspirar pasiones, y si un hombre escapa a su poder, es tan desgraciada como Napoleón, cuando se acordaba de San Petersburgo, única capital en que no entró como vencedor.

La mayor parte de las veces, la dominadora es una coqueta; sabe que la fatuidad, natural en el hombre, hace de él un encadenado esclavo de la que promete siempre y no cumple nunca; pero sabe también que con algunos este juego resulta inútil y entonces varía de táctica, acercándose lo bastante nada más para uncir a su carro a aquel de quien quiere ser amada. No se prodiga, se abandona un poco, ofrece una ocasión, dos, y luego ninguna más. ¿Habéis visto alguna vez un pez glotón tragarse el cebo con que piensa regalarle? Qué alegremente nada hacia su presa y cómo se retuerce después sujeto a la punta del anzuelo, hasta que agoniza en un rincón de la barca, mientras que el pescador continúa tirando la caña y pensando en la sucesiva pesca... ¿De qué os quejáis? Vuestra es la culpa. La dominadora os ha esperado, como el pescador a los peces ínterin no los coge, con la plena sinceridad del más espontáneo deseo.

Sería menester aumentar todavía entre las cerebrales a la *aburrida*, que toma un amante para desahogar con alguien su excitación nerviosa y con quien pasar... el tiempo; la *despechada*, que os recoge, como un niño airado coge una piedra para arrojarla sobre aquello que ha hecho desplegar sus iras; la *mala*, que no puede ver con tranquilidad el estado feliz de sus semejantes, y quita sus maridos o sus amantes a las demás mujeres, con el solo fin de destruir esa felicidad... Por poco que evoquéis vuestros recuerdos, os daréis cuenta de lo que es de un hombre que se entrega a una de esas mujeres y lo que le espera después de abandonarlas, esto es, todo desde el proceder más bárbaro y brutal, hasta la más cruel

perfidia, según los casos, y sin contar con los ruines anónimos y la grosera calumnia.

Ahora bien, meditando sobre esto, fácil es comprender la seguridad de que este y no otro es el pago que un hombre de corazón sincero recibe de estas amantes: verse obligado a verter verdaderas lágrimas, a experimentar grandes contrariedades, a sufrir acerbos dolores, a ser infeliz y a derramar muchas veces su sangre. También tengo por cierto que apreciadas estas circunstancias, no parecerán a nadie demasiado severas las tres conclusiones siguientes:

## XXVI

*El corazón hace de la mujer un sér sublime, los sentidos, con su materialidad, un sér verdadero. El monstruo es producido por la frialdad moral y física en el cerebro.*

## XXVII

*Dalila debió hacer traición a Sansón, únicamente con la esperanza de experimentar sensaciones entre aquellos brazos que iba a entregar a las cadenas.*

## XXVIII

*Se puede estimar a ciertas mujeres que tienen un amante por placer.*

## MEDITACION VIII

## DEL «FLIRT» Y DE LAS COQUETAS

Si bien las relaciones amorosas entre el amante y la amada, en el concepto en que he intentado describirlos, son la mayor parte de las veces una guerra con marchas y contramarchas, batallas libradas y perdidas, derrota final y degüello; existe también, como en los verdaderos ejércitos, la guerra simulada entre ambos sexos, aquella en que todo es juego y simulacro. Esto es lo que se llama el *flirt*. ¿Quién había de conocer en este monosílabo británico, tan seco y punzante como una saeta, el bonito verbo francés de antaño, *fleureter*, echar flores?

Recuerdo una escena que me produjo, por el contraste, una sensación muy viva, basada en la consideración de la verdadera disparidad que existe entre las costumbres que han ocasionado la diferencia entre las dos predichas palabras. ¡Cuánto tiempo hacía de esto! Descubrí en un almacén de antigüedades una cajita de marfil, que compré para Coleta. Era del siglo XVIII y su tapa estaba adornada con una miniatura representando a dos enamorados, bailando ale-